

“Uchuraccay: La Política de la Muerte en el Perú

Kimberly Theidon
y
Enver Peralta Quinteros

“Uchuraccay desde entonces se ha convertido en un espacio de reflexión, un espacio de reflexión que nunca hemos olvidado. Un espacio de reflexión que no debemos olvidar.”

— Alejandro Cordoba La Torre, alcalde de Huanta

“No solo los periodistas son gente para ser recordada, sino nuestros padres que se murieron y desaparecieron también fueron gente y nos genera dolor.”

— Emilio Ccente, ex-Presidente Comunal de Uchuraccay

El 26 de enero de 1983 en la comunidad altoandina de Uchuraccay, nueve personas — ocho periodistas y un guía — fueron muertos dentro de un escenario de alta violencia política. Desde entonces, los hechos de Uchuraccay se han convertido en una memoria emblemática sobre el proceso de la guerra interna Peruana, y los familiares y los gremios de periodistas han construido un monopolio sobre los debates de la verdad y la memoria pos-conflicto. Este monopolio se basa en el poder de la palabra y el control de las imágenes en circulación. Las guerras son luchadas, pero también contadas, y es así que las conmemoraciones construyen tanto presencias como ausencias, tanto discursos como silencios.

Nosotros también queríamos pensar en Uchuraccay como un espacio de reflexión sobre las brechas étnicas que permiten a algunos Peruanos negar la humanidad de otros. Los hechos de Uchuraccay — que incluyen la muerte de 135 campesinos — nos permiten acercarnos a las brechas que siguen distorsionando la sociedad Peruana. Sugerimos que la historia cuasi-sagrada elaborada respecto a la muerte de los Ocho Mártires sirve como un microcosmo del Perú — un microcosmo de la relaciones de poder y etnicidad que implica que algunas vidas, y algunos muertos, valen más que otros.

Prólogo

En el año 1998 se llevó a cabo la primera actividad conmemorativa en Uchuraccay. Esta fue discutida y alentada en el distrito de Tambo cuando un grupo de periodistas, con la autoridad local del distrito, decidieron llevar a cabo una ceremonia para recordar a los periodistas. Aceptada la idea, esta delegación se puso en contacto con los familiares de los periodistas que radicaban en Ayacucho y en Lima. Puestos de acuerdo en conjunto, el 26 de enero de ese año se llevaría a cabo la caravana hacia Uchuraccay, siguiendo la ruta que habían tomado sus colegas doce años atrás.

En los años posteriores, iban institucionalizando la conmemoración, denominada “Ruta para la Paz y la Reconciliación Nacional.” Y como iban institucionalizando el evento, también iban congelando en el tiempo los hechos de Uchuraccay, fijando un guion excluyente y reactualizando cada año una obra que no dejó espacio para la improvisación de los personajes secundarios — los comuneros de Uchuraccay.

Ecuaciones Coloniales

En la semana previa al 26 de enero 2003, mientras que los periódicos nacionales iban publicando las fotos ya grabadas en todas nuestras mentes, aca en Ayacucho también iniciaron actividades preliminares. En la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, los gremios de periodistas convocaron un conversatorio sobre los avances de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) respecto a los hechos de la matanza de los periodistas en Uchuraccay.

Al abrir el conversatorio, el moderador refirió a la muerte de los ocho periodistas como “uno de los hechos más horribles que ha pasado en este mundo.” Lanzó la idea de la marcha a Uchuraccay, hacia “esta tierra histórica donde se murieron nuestros hermanos hace 20 años.”

Para los historiadores presentes, nos hizo recordar nuestros cursos sobre la historia Peruana y la administración colonial en el “Nuevo Mundo.” Un componente de esta administración busco determinar cuantos “Indios” equivalieron a un español. Si no nos equivocamos, los administradores coloniales decidieron que la proporción fue ocho “Indios” por cada español. Si bien la ecuación colonial ha cambiado, no es para bien: Ahora, para aquellos pegados a la martirología, nisiquiera 135 campesinos logran equivaler a ocho criollos. Cuando pensamos en la demografía de ellos que fueron asesinados y desaparecidos durante la violencia, hay una conclusión ineludible: en la política de la muerte en el Perú, medimos la pérdida de vida según una jerarquía de las diferencias culturales y étnicas.

La conmemoración y la política del espacio

La caravana de periodistas y los familiares salieron desde Tambo, sitio del primer acto conmemorativo. Entre banderas nacionales y ofrendas florales, el moderador ofreció palabras de homenaje a los Ocho Mártires, heroes del periodismo nacional. Minutos después cinco camionetas y una combi enorme se arrancaron, iniciando la “Ruta por la Paz,” con destino Uchuraccay.

Nosotros nos despertamos muy temprano esa mañana ya en Uchuraccay, la neblina todavía envolviendo a los cerros y nuestra respiración formando nubes al pasar por nuestros labios. Los comuneros habían convocado una faena comunal para limpiar la pampa, y la limpieza fue acompañada por comentarios continuous sobre su cansancio respecto a la conmemoración anual y lo insultante que fue el comportamiento de los visitantes. Justo cuando don Cipriano nos comentó que “Llegan cada año pero nunca saludan. Nunca nos tratan como seres humanos,” el sonido de claxones nos advirtió que los carros habían comenzado a llegar a la pampa del Nuevo Uchuraccay. Dos carros de la municipalidad de Huanta entraron por arriba, y el personal de la municipalidad bajo para comenzar con las preparaciones. Llamaron a las autoridades y comuneros parados en la pampa, indicando que debían alistar las carpas y los fierros que habían traído con ellos para armar el escenario.

Cuando los Uchuraccainos no mostraron gran interes en armar el escenario, dos representantes de la muncipalidad levantaron sus voces, molestos porque las autoridades

y los comuneros no obedecían sus ordenes. En su comportamiento vimos la condensación de un patrón de largo plazo: Cuando llegan “las visitas” — o sea gamonales, hacendados, curas, o algunos representantes de las ONGs — la expectativa es que los comuneros deben de atenderlos, trayendo agua, cocinando su comida y abriendo sus casas para que las visitas duerman bien.

De hecho, como una autoridad comunal nos explicó, “El primer año les recibimos, de todos los anexos vinieron. Matamos ocho carneros y preparamos toda la comida. El segundo año igual, pero matamos quince carneros. El tercer año, los periodistas y la gente de la municipalidad trajeron pollo de Huanta para ellos mismos no más. Lo que sobró lo llevaron con ellos a Huanta y Tambo. Nunca nos han invitado nada. Nunca nos han reconocido.”

Pasamos la mañana conversando con los y las Uchuraccainos, allá en el Nuevo Uchuraccay. Cuando retornaron en 1993 después de diez años en diáspora, trasladaron su comunidad hacia arriba por motivos de seguridad. Dejaron los ríos abundantes, tierras ricas y clima abrigador de la quebrada de abajo por la visibilidad brindada por la loma de cerro.

Pero nos parece que el término Nuevo Uchuraccay tiene varios sentidos, entre ellos la refundación del pueblo y la nueva generación de autoridades y comuneros, jóvenes en su gran mayoría. De hecho, un joven quien estudia en la UNSCH nos comentó que cuando dice que es de Uchuraccay, siempre le pregunta “Cuéntanos de la matanza.” Su respuesta: “Yo tenía tres años cuando todo eso sucedió.”

Es en el antiguo Uchuraccay donde las cinco camionetas y la combi pararon, sus pasajeros bajando para iniciar la parte religiosa de la conmemoración. Todos se reunieron alrededor de una cruz grande que ha remplazado la corrida de toros de los años anteriores. Ahora el espacio ya no es festivo sino sirve como un cementerio donde se conmemoran a los periodistas. Era notable la ausencia de los comuneros, quienes miraron desde arriba durante la misa. Todos salvo algunos niños, atraídos por su curiosidad de saber por que había tanta gente por abajo. Nos acercamos a un par de ellos quienes cargaron flores y se había parado para una serie de fotos tomadas por los periodistas. Cuando les preguntamos porque llevaron flores, nos dijeron “Por que nos dieron caramelos y plata.”

Una vez terminada la misa, subimos hacia el Nuevo Uchuraccay donde se desarrollaban los últimos detalles para la ceremonia oficial. A primera vista llamó la atención como las memorias distintas que evocaron ese día se reproducían en el uso de los espacios. El monopolio de la verdad se convirtió en un monopolio de la escena central.

En la periferia, unas veinte mujeres Uchuraccainas, hijos en brazo, desarrollaban una pequeña feria donde vendían queso, papa y chuño sancochados por un sol la porción. Al frente del escenario central había una roca inmensa que sería encendida minutos más tarde con la antorcha de la paz llevada por un familiar de los periodistas muertos, el presidente comunal, y una mujer en su “traje tradicional.” Al costado de la roca cuatro Uchuraccainos sostenían la bandera nacional y la bandera de la paz. Metros más abajo varios efectivos del ejército vigilaban el horizonte de cualquier riesgo o peligro, porque como habían insistido en Tambo, “la zona está movida.”

Había un abrupto cambio demográfico cuando uno miraba el escenario central. El conjunto de visitantes era compuesto de periodistas, estudiantes, dirigentes y autoridades

políticas, cámaras fotográficas y filmadoras en mano. El escenario fue enmarcado por una carpa grande adornada de banderolas de los gremios de periodistas departamentales y nacionales. En los bastidores esperaban el alcalde del pueblo y tres jóvenes vestidos en su “ropa tradicional” puesta encima de sus pantalones blue jeans y zapatillas deportivas. Desde la pampa nosotros también mirábamos, mientras que el señor Justiniano nos preguntó “¿Hasta cuándo va haber esto? A nuestros niños les está afectando. ¿Qué culpa podría tener un niño?”. Como saber que dentro de algunos minutos, la improvisación iba a interrumpir el guion establecido.

De soliloquios y fraternidad

La próxima hora tenía como atracción principal una serie de expositores, cada uno haciéndonos recordar el destino sangriento de los Ocho Mártires, sus hermanos quienes habían perdido sus vidas en la búsqueda de la verdad. Nos hicieron recordar el “salvajismo de sus muertes,” el dolor de sus familiares, y los años que habían pasado en su lucha para la justicia. A intervalos regulares, leyeron los nombres de los ocho periodistas, cada nombre seguido por el grito “¡Presente!”

Mirábamos a los comuneros alrededor de nosotros, la mayoría siendo quechuahablantes. Las exposiciones hasta el momento eran todas en castellano, quedando claro quienes eran considerados miembros de la audiencia ese día. Las señoras de Uchuraccay hablaron entre ellas, niños gateando por ahí. Fue Mama Marcelina quien escogiéndose sus hombros nos dijo, “Nunca entendemos lo que dicen porque siempre hablan en castellano. Entra por una oreja y sale por la otra.”

Entre los expositores figuraba el alcalde de Uchuraccay, don Joel Pacheco Huamán. El alcalde se paró para pronunciar una lista de las necesidades del pueblo, que incluyó la electrificación y una escuela inicial. Concluyó su exposición, también en Castellano, notando que “Hace poco tiempo, un día el 4 de octubre, el señor Presidente (Toledo) ha venido a este lugar. También prometió, ha prometido hacer electrificación. Hasta ahorita no se cumple eso.” Entre las exposiciones lamentando la pérdida de vida de los Ocho Mártires, don Joel cumplió con su papel sumiso de presentar una lista de necesidades por parte de su pueblo pobre.

Los comuneros parados al lado comenzaron a murmurar entre ellos y nos acercamos para saber de que se trató. Las críticas que habían estado en circulación esa mañana habían crecido, y no estaban satisfechos con la lista de necesidades. Repetían entre ellos lo que habíamos escuchado cuando la pampa era todavía parte de su pueblo y no el escenario mudo para la actualización de la conmemoración: “Queremos que dejen hablar a Paulino. Queremos ser reconocidos.” El Señor Justiniano agregó, “El pueblo de Uchuraccay ha pedido perdón. Estamos andando en reconciliación. Pero estos familiares siguen tratándonos como si fuéramos primitivos.”

La figura del “primitivo manipulable” fluyó por los discursos, manifestado tanto por Oscar Retto, padre del periodista fallecido Willy Retto, como otros que insistían que no tenían rencor con los campesinos. Más bien, como dijo el Sr. Retto, “me gusta que ya sepan leer por lo menos y no podrían ser utilizados por nadie.” El tema de buscar a los “responsables intelectuales” hizo eco de los discursos de la semana previa: La idea que “los primitivos” podían haber ejercido un protagonismo político e intelectual dentro del contexto de una guerra brutal escapó el marco conceptual de los periodistas y sus familiares.

Si el tema de su manipulabilidad hizo eco de la semana previa, lo que no resonaba fue el tema de la fraternidad — por lo menos, antes de que habló José Coronel Aguirre, representante de la CVR-Sede Ayacucho. Notamos un contraste fuerte entre las acciones del Sr. Coronel y aquellas de los dos comisionados quienes habían acompañado a Presidente Toledo en octubre cuando llegó a Uchuraccay para proclamar el Día de los Mártires del Periodismo Nacional y pedir un minuto de silencio para los Ocho Mártires. En esa fecha, los comisionados silenciosamente participaron, reflejando el inconciente que es el racismo y el poder de los gremios de los periodistas de haber establecido una memoria hegemónica respecto a los hechos de Uchuraccay.

El Sr. Coronel cambió el tono de los discursos. No solamente se dirigió en Quechua, sino refirió a los y las comuneros como “hermanos y hermanas.” Por primera vez en tantos discursos, los campesinos fueron incluidos en la fraternidad Peruana. Notamos la incomodidad de los periodistas, y los murmullos de aprobación de los Uchuraccainos.

Pero el tono cambió nuevamente una vez terminada la exposición del Sr. Coronel. Su intervención fue un breve intermedio para el moderador, quien concluyó el evento pidiendo un minuto de silencio para los Ocho Mártires. Los periodistas y los otros visitantes inclinaron sus cabezas respetuosamente.

Lo más interesante fue las actividades simultáneas atrás de los bastidores. Los campesinos habían elegido al Sr. Paulino Huamán Quispe para su portavoz, y él estaba intentando negociar el uso del micrófono con los organizadores del evento. Éstos insistían que no había tiempo para un expositor más en el programa, y rehusaron dar el micrófono al Sr. Huamán. Una refriega verbal seguía, con el Sr. Huamán y sus partidarios insistiendo que él tenía el derecho de hablar frente a su comunidad, y los organizadores insistiendo que todos tenían que salir para Lima y que no quedó más tiempo para escuchar al Sr. Huamán.

La ironía no es solamente una técnica literaria — de vez en cuando uno la vive. Mientras que los organizadores insistían que el tiempo se había acabado, todos los periodistas y los demás visitantes comenzaron a servirse platos inmensos de pollo con arroz. Se sentaron bajo la carpa, balanceando sus platos pesados en sus rodillas. Distráidos por la comida, los organizadores descuidaron el micrófono por un momento, y el Sr. Huamán se acercó y comenzó a hablar a todos los y las comuneros de Uchuraccay.

Comenzó pidiendo que todos se acercquen, llamando a todos los miembros de la comunidad. Lentamente las señoras se levantaron, envolvieron a sus bebés en sus mantas y tomaron a los grandecitos por la mano, y caminaron desde las márgenes de la pampa para reunirse con los comuneros que ya rodeaban al Sr. Huamán. Dirigiéndose en Quechua, comenzó recordando a los 135 familiares asesinados en Uchuraccay, y en los demás pueblos de Iquicha, Huaychao, y Cunya, enfatizando que “en todas las comunidades campesinas, como nosotros con esta violencia política, muchos han perdido sus vidas. Todos nos paremos para dar un minuto de silencio.”

Sin embargo, los visitantes seguían comiendo, dando a la escena un aspecto grotesco. ¿Cómo no reaccionar frente a una oposición tan fuerte — los y las campesinos parados para conmemorar a sus seres queridos asesinados y desaparecidos, y los visitantes sentados, concentrados en disfrutar de su comida?

Por fin alguien les convenció que debían pararse. Su confusión fue palpable: esto no fue parte del programa — nunca había sido así, y algo (¿alguien?) estaba fuera de su

lugar. La periferia había tomado el centro, perturbando un esquema espacial — y discursivo — de largo plazo. De largo plazo por que, después de todo, estos visitantes no eran tan excepcionales — solamente estaban cumpliendo un guion social generalizable en el Perú. Es así que el racismo y la exclusión ejercen su poder, al nivel inconciente, convirtiéndose en “lo natural” — en el “pero siempre ha sido así.”

Epílogo

El día después de la conmemoración, los periódicos nacionales publicaron una declaración auspiciada por la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Por primera vez en veinte años, los nombres de los campesinos muertos en Uchuraccay salieron en la prensa, juntos con los muy conocidos nombres de los Ocho Mártires. Sin embargo, cuando los Canales televisivos 2 y 5 pasaron las noticias, en la filmación no apareció ningún campesino — no se escuchó ni una palabra del Sr. Paulino Huamán Quispe. No había ni una palabra sobre los 135 Uchuraccainos muertos. Los monopolios continúan.

Cuando nosotros nos despedimos de los comuneros en Uchuraccay, solicitamos sus opiniones sobre los acontecimientos de ese día. Algunos comentaron que por fin había reconocimiento de sus seres queridos fallecidos. Otros comentaron que “Es recién que tenemos derechos. Antes nos mataron de todos lados y no podíamos reclamar porque no había justicia.”

Abrimos el texto pensando en Uchuraccay como un espacio para la reflexión, y de hecho lo es. Reflexionamos sobre lo lejos que estamos de construir una sociedad más inclusiva en donde cuando se hable de “hermanos y hermanas,” el rostro de un campesino también aparezca. Como don Mariano nos decía en el Nuevo Uchuraccay, “No importa si uno es doctor, periodista, profesor o campesino. Todos somos iguales. Todos somos seres humanos.”